ARGERICH

RICARDO GUTIERREZ









JUAN ANTONIO ARGERICH

RICARDO GUTIÉRREZ

IMPRESIONES

BUENOS AIRES

LIBRERÍA DE FÉLIX LAJOUANE. EDITOR

85 — CALLE DEL PERÚ — 85

1897

RICARDO GUTIÉRREZ

IMPRESIONES

Entre las pocas cosas inéditas del Dr. Ricardo Gutiérrez, figura un *Lázaro*, en cinco actos de prosa, que no he podido conseguir, y del cual apareció un pequeño fragmento en *La Nación*, si mal no recuerdo. Su obra se encuentra en la edición de *Poesías escogidas*, publicadas por Biedma, en 1878, que abarcan *La Fibra salvaje* y *Lázaro*, *El Libro de las lágrimas* y *El Libro de los cantos;* en el folleto que contiene el poema en prosa *Cristián*; por fin, en una abundante colaboración en diarios y revistas, que pueden considerarse inéditas para el público: *Raquel, Carlota, Perdón*, varios *Nocturnos* y *Paisajes*. Se conserva en un libro, que he tenido en mis manos, arreglado por el poeta, parte de esa producción; y no dudo de que se hará pronto, cuidadosa é inteligentemente, la completa edición de las obras, base de toda crítica.

En el Hospital de Niños, cuya fundación sugirió Gutiérrez desde Europa, y cuya obra realizó, dedicándole lo mejor de su vida, sin que le hayan sido perdonadas del todo algunas genialidades, pues es duradero el rencor femenino; en la sala que lleva su nombre hay un cuadro que simboliza intensamente la vida de este noble patricio; cuadro que Gutiérrez había encargado á Europa y llegó á

Buenos Aires el día mismo de su muerte. Es el Cristo de Max, acaso el de la hermosa leyenda de Eça de Queros... « Jesus está lejos. Nuestro dolor está con nosotros. Sin duda, el Rabbí que lée en las sinagogas nuevas, no escucha las quejas de una madre de Samaria, que sólo sabe ir á orar como antaño, á la cima del monte Gerazim». El niño, con los ojos cerrados, pálido y moribundo, murmuró el nombre de Jesús. Y la madre decía llorando: « ¿ De qué me serviría, hijo, partir y buscarlo? Largos son los caminos; corta la piedad de los hombres. Viéndome tan pobre y tan sola, los perros saldrían á ladrarme á las puertas de las casas. Seguramente, Jesús ha muerto y con él ha muerto, una vez más, toda esperanza de los tristes». Pálido y desfallecido, el niño murmuró: « Madre, quiero ver á Jesús de Galilea! » Entonces, abriendo suavemente la puerta y sonriendo, Jesús dijo al niño: «Aquí estoy». — Tal es el cuadro, con leves variantes. Erguido y fuerte, lleno de divinas irradiaciones, pone Cristo la mano en la frente del hijo del pueblo. En la mirada de la madre, donde se confunden el desencanto y la esperanza y la congoja arraigada, hay un inmenso poema. Nadie ha conocido como Gutiérrez toda la profundidad de esa expresión y toda su verdad; — feliz hallazgo del artista que, en aquella sala, á médicos y á profanos, recordará siempre los altos títulos del fundador del asilo. Médico genial, dueño de un prestigio único en nuestro país, su dedicación á los niños desvióle del arte. En esa lucha de adivinación con las enfermedades de las criaturas, — que debían nacer sólo á la felicidad, siendo siempre un misterio espantoso la muerte de un niño, que no sabe explicar lo que sufre, — cayó del todo «la sombra del pesar sobre su frente».

En el único trabajo publicado, digno de tal nombre y de tal hombre, en ocasión de su muerte, encuentro palabras que deben recogerse para el biógrafo y crítico futuro : « Exquisito compuesto de sensibilidad y pasión, ha dicho el señor Manuel Láinez, mezcla de energías y desfallecimientos, de altiveces y ternuras, de tristezas y alegrías, adusto y familiar, grande á la distancia, y extraño y confuso de

cerca; con todo los lineamientos y todas las luces y las sombras que caracterizan á los hombres de excepción, cuyos contornos conserva la biografía, apuntando sus alternativas, como se estudia el proceso de las grandes almas humanas, casi siempre en rebelión con el medio ambiente en que desarrollan su vida! Su aspecto físico era tan sorprendente y extraño como su espíritu... Nadie pasaba por su lado sin notarlo; atraía y confundía el amalgama de rigidez y ternura de su fisonomía: el conjunto de sus facciones guardaba una inmutable compostura, la completa despreocupación de lo que le rodeaba; pero sus ojos, de incierta y cambiante luz, de mirada buena y afable, denunciaban que el habitante valía más que la fachada de aquella morada humana. »

Pasó sembrando consuelos y recogiendo bendiciones. Murió pobre, como consecuencia de la idea grandiosa y abnegada que tenía de su carrera. ¡ Lástima que no haya escrito el poema de la enfermedad, de la agonía ó de la salvación del niño, dejándonos el más punzante y el más hermoso de los cantos! Nunca alcanzó á tener la impasibilidad que muchos ponderan como dón esencial en el médico; y, seguramente, en su imaginación desmedida, sufrió esos dolores inexplicables que exasperaron muchas veces su sensibilidad. Consideráronse simples extravagancias las retiradas imprevistas al campo, con abandono completo de la clientela: ¡ Era la fuga del vencido! « Nada podemos contra las fuerzas que rigen la vida y la muerte », decía. Acaso al resistirse á toda medicación, en sus últimos momentos, envolvía, una vez más, á la profesión amada y absorbente, en el concepto de « la infinita vanidad del todo » del verso de Giacomo Leopardi.

I

El Dr Gutiérrez en el medio convulsivo que siguió á la caída de Rosas y precedió á la batalla de Pavón, hizo sus primeros ensayos

literarios, completando después, fragmentariamente, su obra grande y pura. Fué el poeta de la tristeza y de la piedad; y nunca se dirá del juicio pronunciado por los contemporáneos: *ad pœnitendum pro perat, cito qui judicat.* En són de reproche, si Gutiérrez no hubiese dedicado su vida á luchar contra las enfermedades ¿ se le podría decir con el maestro: « no es lícito sacar la nave á la orilla y exclamar *inveni portum* después del primer viaje » ? Pienso que no: aunque, repito, la más alta producción de Gutiérrez pertenece á la primera juventud. Es la obra de un lírico excelso, y en la monotonía que algunos le achacan, hay admirable unidad de inspiración. Para ese primer viaje, llevaba ya la carga pesada de la pena. El tiempo era azaroso. Trajo de él un libro lírico que, como el libro sagrado de las suertes, llevado al través del Anio por la sacerdotisa de Tibur, nunca será mojado por las aguas del rio !

En su producción es necesario distinguir entre los poemas que el autor, por primera inspiración, llamó cantos,—según se desprende de la carta que el Dr Miguel Cané padre le dirigió en 1860, la cual figura al frente de su libro, — y las poesías líricas, imponiéndose el estudio separado de *La Fibra salvaje* y *Lázaro* que, no obstante las creencias generales, carecen en mi concepto de toda vitalidad como obras de conjunto. No por ello ha de perder nada la fama del poeta. Nunca se salva toda la obra de un hombre ; y no es una excepción el caso de Publio Syrus, autor cómico de quien, en el naufragio de su teatro. sólo se salvaron unos centenares de sentencias profundas, y surgió para nosotros una especie de suave y optimista La Rochefoucauld romano !

Carecía Gutiérrez del dón « objetivo » de la vida, de la facultad soberana de plasmar seres humanos ; y aunque *La Fibra salvaje* y *Lázaro* se muevan en el mundo indeciso de la leyenda, no satisfacen la trama y el mecanismo de las acciones que constituyen su fundamento. Faltan cohesión y ductilidad. Es forzado hasta el movimiento mismo de las personas en el drama. En *La Fibra salvaje,* Ezequiel ama á Lucía :

Él la soñó para el hogar sereno,
Donde el ideal de la ilusión se anida,
Y la encontró, para su hogar perdida,
En el sagrado del hogar ajeno !

Huye en seguida, dejándola presa de fatales presentimientos. En el canto tercero, Ezequiel aparece convertido en monje:

Monje de los altares,
Muy larga es tu oración. La noche avanza.
¿ Velas en ella, tú, cuando descansa
De recuerdos el alma y de pesares ?
Muy larga es tu oración ! — Pasó la hora
Del rezo y la plegaria ;
La campana sonora
Apagó ya su lamentable acento,
Y en la tranquila celda del convento
Reina la triste noche solitaria !

Extraña es tu plegaria ; —
Y el claustro helado y lóbrego y desnudo
No es tampoco un altar : tú no te humillas,
No ruegas de rodillas,
Y estás de pie reconcentrado y mudo !
. . . .
Nadie á afrontar su intimidad se atreve,
Su gesto es como el bote de una lanza,
Y hay algo en él que revelar parece
Que aquella tempestad le arrulla el alma !

Allí se encuentra una noche con el marido de Lucía, vendida por aquél después de una orgía (en el canto segundo, « La fuerza del destino », Lucía hizo esa confidencia á Ezequiel, en un encuentro sumamente casual). Julio se confiesa y gime, y Ezequiel le dice :

La sombra del pesar está en mi frente !
¿ Por qué entonces tu alma envilecida
Crée que no alcanzo la pasión demente
Que agita aún las horas de tu vida ?

Ezequiel mata á Julio (el cuadro todo tiene sombría majestad) y fuga; y en el canto cuarto, convencido de que Lucía ha muerto, se incorpora á las fuerzas de San Martín, y cae combatiendo en nombre de la patria y muriendo por la eterna libertad!

No basta decir, con el bondadoso Cané, padre, que este poema evoca « las endechas de Gulnara y los acentos del Corsario » para que la crítica admita su excelencia, desde que el conjunto es inferior. Es la tendencia romántica pura, la inverosimilitud más acabada; cuadros desasidos sobre fondo opaco y donde las figuras, exceptuando la de Ezequiel, ni contorneadas aparecen: argumento á saltos, cuyos recursos son de trivialidad desesperante en espíritu tan grande. — Pero, hechas estas salvedades, que al mismo Gutiérrez muchas veces presenté, tomemos *El Alma errante*, la desolada *Carta á Lucia*, *La Venganza*, y en el llanto, en el grito, en el rugido, en el cuadro admirable hallaremos la revelación de un gran poeta, que, por medios sencillos, con una forma personalísima, sin necesidad de la rima de los modernos diccionarios de botánica y mineralogía, sin recurrir á la mayúscula para todo substantivo, como lo hace el «arte moderno», que es una rehabilitación pretenciosa de la charada, ha escrito páginas que vivirán cuanto viva nuestro idioma:

Te amé! La lengua humana
Á definir no acierta
Este vago deliquio de ternura;
Este secreto arrullo
De insólito murmullo
Que con tu nombre al corazón despierta;
Este insondable afán que el alma loca
Me lleva sin reflejo de esperanza,
Donde la fibra de tu carne toca,
Donde tu luz de pensamiento alcanza!...

Lázaro sugiere idénticas consideraciones, y no creo que se puedan estimar como irrespetuosas para con uno de los hombres á quien más he querido y admirado en la vida. — La dedicatoria,

hondamente desolada, revela que en el poema hay un cierto simbolismo ; que nació en medio de desvelos y penas de amor, llenándose para unos ojos pensativos las páginas sombrías de esa historia en la que « la desgracia de la vida entera, cruza el corazón como una espada ».

Yo vivo en el hogar de mi destierro,
Sin misión, sobre el mundo, en mi caída !
Solo, con la desgracia de la vida,
Entre mi propio corazón me encierro !
. . . .
Canto para que sepas que en mi frente
No se rebulle el alma de un idiota,
Aunque vencida y agobiada y rota
Se abisme en su ansiedad tan hondamente !

En el castillo de Roca, noble español, suena el estruendo magnífico del festín, — alzándose el castillo sobre campos que riega el Paraná! Hombres de aristocrático linaje y mujeres de fantástica hermosura asisten al banquete, y cruzan por los salones pajes y servidores. Esplendorosa es la descripción ; pero no nos equivoquemos : estamos en una Arcadia cualquiera, en un mundo cualquiera del ensueño inseguro. — « Contra el pilar del ángulo sombrío », alguien se destaca, sin tomar parte en el festín; y es un gaucho americano, cuya traje se describe estupendamente y cuya alma aparece, de entrada, indecisa, huraña, contradictoria con la premisa que el poeta estableció, desde que, en resumen, sólo encontramos sublevaciones de esclavo ! Lázaro está enamorado de la hija de Roca y oscila entre la fe y la duda, llegando, en un monólogo retórico, á divagaciones imposibles y decisiones estrafalarias, que deshace, alcanzando á Lázaro en plena fuga, un paje, á quien todo le será perdonado por haberlo traído á cantar la trova más bella y más sincera que hayamos oído :

El hondo pesar que siento
Y ya el alma me desgarra,

Solloza en esta guitarra
Y está llorando en mi acento.
Como es mi propio tormento
Fuente de mi inspiración,
Cada pie de la canción
Lleva del alma un pedazo ;
Y, en cada nota que enlazo,
Se me arranca el corazón !

Concluída la trova divina, vibrante en el salón, Dolores Roca coloca una flor en el pecho de Lázaro, que parte como una sombra, llevado al desierto por el capricho del corcel. Empieza la muchacha á experimentar filantrópicos y humanitarios sentimientos por el esclavo, cuando de pronto reaparece Lázaro, el payador, naciendo en ella, al fin, el amor, — dulces coloquios que el castellano clausura con una paliza. El payador es expedido al Virrey, en un crucero español, á recibir pasaporte para el viaje más largo. Los presos se sublevan ; matan á la tripulación entera y, después de una serie de peripecias, la primera de las cuales es el ataque al palacio de Roca á quien asesinan, vemos á Dolores enloquecida en un cuadro atado por hilos invisibles. Muerta Dolores, su Lázaro desaparece; perdiéndose en campo abierto, sobre un potro salvaje, perseguido por salvajes pesares. La conclusión es un desarrollo del « motivo » inicial, encerrado en la « Dedicatoria » de que antes hablé.

Á nadie más que á los grandes se debe toda la verdad, aunque sea áspera. No sé si es porque estamos tan distantes de la época en que las páginas se escribieron; ó si será que la más prosaica de las profesiones estreche mi horizonte, limitándome el campo de la visión; pero ese poema, con bellísimos fragmentos líricos, parece hoy de estructura artificial; y su ficticia decoración no puede apasionarnos, ni deleitarnos siquiera. Byron mismo ve día á día declinar su gloria ante la gloria de Shelley. Aquel ciclo romántico tuvo lamentables resonancias en América; el carácter de la leyenda, arraigada en la verdad y en la lógica, que son también leyes de lo sobrenatural en el arte, fué reemplazada por la invención sin trabas ni proporción.—Tan sen-

cilla distinción explica el abismo que existe entre la mayor parte de las *Orientales* de Hugo y *La Leyenda de los siglos*, donde hasta los mismos decadentes beben todavía. Puede que de aquí á largos años, cuando hayamos perdido la noción de lo que era nuestro Paraná en la época de los virreyes, y la noción de la vida campestre argentina en esos tiempos, desaparezca la impresión que nos produce el fondo en que se desenvuelve el poema. Pero siempre se mantendrá firme la impresión contraria al argumento, á los débiles recursos dramáticos y, lo que es más serio, á la idealización del gaucho, que no fué esclavo y que, en la realidad histórica, fué solamente un tipo retardado en el progreso argentino. Escasos medios intelectuales y la falta de costumbre de ocuparme de estas cosas, me impedirán decir cuanto opino, con relieve é intensidad. Gutiérrez fracasó en su tentativa de introducir en el arte argentino,—aunque sea muy apreciable en tal sentido su empeño,—el tipo del gaucho, en quien muchos han creído ver un compendio ó simbolismo del alma nacional. No, pues! Del inmigrado español nació á veces progenie mestizada, en que se confundieron los instintos de dos razas; pero en la mayor parte de los casos, el gaucho fué solo, por todos lados, el descendiente de europeo, sin freno en la vida montaraz y en la batalla con la naturaleza virgen; elemento arreado é inapreciable en las luchas de la independencia; elemento terrible en la formación de la nacionalidad, igualmente dispuesto á no tener voluntad ó á perder la cabeza detrás del rojo trapo del caudillo, al extremo de que casi toda nuestra historia ha sido una batalla de la ciudad contra el llano y contra el monte. No comparto tantos y tantos lugares comunes que circulan, como, por ejemplo, « la noche del año 20 », cuando aquella llamada « disolución » era la plena formación de una nacionalidad en embrión; pero me parece que la poetización de los instintos rebeldes del gaucho, es la apoteosis de la barbarie, siendo injusto decir que el porvenir argentimo se cifrara nunca en el fatalista y holgazán tomador de mate y tocador de guitarra! Es contrario á la civilización ensalzar á quien no supo labrar la tierra, aunque se diga que no lo hizo por-

que no lo necesitaba; y es crimen la apoteosis del gaucho malo, alzado contra lo autoridad, aunque á veces se destaque con relieves de salvaje poesía.

Rafael Obligado, que en la lucha de Santos Vega y Juan Sin Ropa, en la *Muerte del payador*, ha desempeñado á un tiempo funciones de sepulturero y de creador, protestará, con muchos otros, contra estas palabras mías; pero lo presento de testigo y argumento con él. Fuera del partido que los artistas puedan sacar de la vida de tal ó cual gaucho bravío, sólo merece recogerse de lo que se llama genéricamentes el «gaucho», la esencia misma de su poesía triste, sin entrar en el terreno de las mistificaciones, desde que, de 1810 á 1850, siempre fué más argentino el hombre del pueblo que el habitante del campo, en cuya afirmación ó regla son admisibles todas las excepciones que se produzcan. De esa poesía embrionaria tenemos una tradición que es y será riqueza de nuestro arte, y una vez más digo que Rafael Obligado, desechando las tentaciones malsanas que pudieron arrastrarlo por pésimos caminos, es el único que ha sabido recogerla, creando un Santos Vega agigantado hasta el mito, admirable y simpático en su carácter legendario, como representante simbólico de la poesía de las llanuras argentinas. La lucha de razas y castas en que Gutiérrez cimentó el *Lázaro*, no es verdadera;—y es de deplorar que, en vez de acertar con el tipo y la fuente honda de inspiración, alma tan grande de poeta nos hiciera un cuento de *out-law*, de castillos, trovadores, pajes y piratas, con desenlace melodramático; cuento de extrañas tierras y extrañas aguas, cuyos detalles soberanos, —la descripción del desierto, la trova genial empapada en profunda melancolía, — el canto tercero, el ¡adiós! de Dolores, no pueden suplir lo que falta en él : la intuición del drama, lisa y llanamente.

II

Hechas todas estas salvedades, que nadie, que yo sepa, ha presentado al público, podemos decir que hemos perdido un poeta lírico muy personal y muy grande. — Fué, por excelencia, el poeta de la tristeza, de la angustia y de la piedad, — no de la caridad vocinglera, tan desmonetizada. « ¿Por qué siempre tu canto es un gemido de la angustia? » — Así, y quito al verso sus alas, pregunta Magdalena, á las puertas del pecado, en el trémulo poema de Gutiérrez. — El artista nos contestaría como el amado, en el poema inmortal: « Porque todo lo vemos al través del llanto, cuando se pierde la esperanza ». — La poesía de Gutiérrez es una visión empapada en lágrimas de la vida pasajera; — que deleita con sus tristezas, que envuelve en dulces y amplias vibraciones, que despierta nobles y profundas simpatías por las penas y sufrimientos humanos. Al través de una lágrima se dibuja en sus versos la existencia ; en íntimo consorcio destácanse de sus estrofas el hastío y la piedad, y nadie, como él, con recursos tan sencillos de expresión, ha sabido encontrar notas tan limpias, convertidas en seguro asilo de almas perturbadas, remontando el vuelo en ocasiones hasta la sublimidad misma, de lo que es ejemplo *La Oración*, sincera, llena de claridades crepusculares, de gemebunda y deliciosa inspiración :

Alza la frente que la angustia vana
Abisma en el imperio de tu suelo,
— ¡ Oh criatura humana! —
Y oye ese canto que te llama al cielo!

Los que ignoran que el « arte nuevo » tuvo entre nosotros un precursor, con un poco de menos gramática, en el señor Mendizábal; los que el día menos pensado imprimirán con colores distintos las palabras de un verso, como avisos de farmacia, para mayor sugestión;

los que hacen ondear el símbolo como un estandarte de gloria y la decadencia como un signo de fuerza, han formado el vacío al rededor de la muerte de Gutiérrez y han dejado á los filisteos amantes de su país, la tarea del elogio justiciero. La ingenua belleza, la nota clara y sincera, la inspiración no son para ellos condiciones apreciables, sino infecundas manifestaciones de un arte pasado de moda. En nombre de la inocencia literaria más grande, que comparte el que pasa como introductor del verbo ignorado por la humanidad, desde Homero (incluyendo el Cantar de los cantares), hasta Hugo; —agigantándose las condiciones literarias simpáticas, como prosista, de un escritor muy apreciable que nunca alcanzará á donde llegó Miguel Cané, — zumban las avispas, se exhibe una clase de mandarines, cuyo grave pecado es ignorar que ayer, hoy y mañana el hombre será siempre el mismo; que el arte, sublime y vana y dolorosa función, vive de claridad, de obras duraderas y no de manifiestos de ocasión. El mismo señor Darío debía explicar netamente que no nos trae nada de nuevo. Es de la escuela del inglés Oscar Wilde, discípulo del esteta, cultivador de plantas de jardín japonés, que ha llegado á decir que Dickens se deja leer apenas *en las traducciones* de sus obras!

Semper ego auditor tantum? como decía Juvenal. No es prudente monopolizar el elogio; mediten, pues, antes de fastidiarse. Además, si no estoy equivocado, Shakespeare, lo ha dicho en *Antonio* y *Cleopatra:* « Oh! el hombre vegeta y languidece, sin producir nada, cuando el soplo violento de la censura no lo agita con sus sacudimientos. El relato de lo malo que de nosotros se dice, hace en el alma lo que el arado en la tierra: la destroza y la fecunda ». Para conquistar las cumbres, no basta sonar extrañas teorías; —ni para ser Byron basta salir rengueando como Byron! El vocabulario de algunos colaboradores del *Mercvre de France*, no da solo una originalidad. — No es anhelo legítimo la formación de una nueva Bohemia; ni se dice nada con recordar que Villón fué un vagabundo; ni se nos da ejemplo con afirmar que Verlaine tenía el alma como Job

tenía el cuerpo, — brotando algunos rosales al borde de su estercolero! Embriagados con la idea de una nueva poética, consistente no en expresar sino en sugerir sensaciones, no olviden que France ha dicho: «Es desgracia para ellos que todo el mundo no pueda leer dormido». — «¡No me hables por medio de enigmas!» — decían, en són de reprimenda, los personajes de una tragedia de Sófocles. Para producir páginas de una melodía ó de un colorido infinitos que vencen, por ejemplo, á las más intensas de Bourget, no es necesario revolver con el dedo todo los colorinches de la paleta, y pasar, en seguida, el dedo sobre el papel. Acaso, sin salvar nuestras fronteras, podríamos encontrar desde Sarmiento acá algunas páginas comparables con cualesquiera de las más acabadas, y puede que, en día no lejano, tenga ocasión propicia de entrar más hondamente en ésto que, hoy por hoy, me limito á insinuar.

Esperando la obra poderosa y noble de la nueva escuela, que justifique todas estas vanas disputas de palabras, volvamos á nuestro asunto. — Filósofo sin doctrina precisa, en el sentido de que la filosofía sea la ciencia de la unificación del pensamiento; paradojal y audaz, dueño de una desmesurada imaginación; apartado de todos los cenáculos, — Gutiérrez solía desparramar en sus charlas, el lirismo que era la substancia de su sér. Como si el retraimiento absoluto, que se impuso desde la muerte de su madre, diese mayores bríos á la fantasía; como si ese cerebro no pudiese retener todo lo que en él se acumulaba, — á veces salía de su usual parsimonia de palabras y llegaba, en la conversación, á la lucidez misma del genio. En los días de la revolución de Julio, cuando se oía el rumor entre gemido y rugido, de un pueblo derrotado, desenvolvía con su voz profunda el tema de que el niño no conoce la piedad. — Por brusca transición, salió de los labios del poeta, un eco colosal de los sucesos: «*Ah! no levantes canto de victoria, — en el día sin sol de la batalla*»!... La guerra secular, más pavorosa que la bestia hirsuta que vió san Juan, aparecía cual espectro enorme y monstruoso; y, en la penumbra, el poeta con sus voces grandiosas y graves, dejaba, como un

iluminado, estallar aquella fulminación, aquella elegía, aquel canto, el más soberano de los que produjo en la vida. El ensueño había hecho de él un solitario, lleno de savias fecundas. ¿Y, por qué, si tenemos el derecho de dar los reflejos de la impresión que en nosotros producen las obras escritas, se nos ha de negar el derecho de traer la nota de la impresión directa y complementaria?— Lo mejor de la vida mental no pasa á los libros! — Por ello, Pailleron decía que la obra de arte es miserable, vista desde la altura inmensa del ensueño!

Impresionista que anota sensaciones; profesor que no ha encontrado hasta ahora una teoría de conjunto del arte de escribir, sino dogmas ó generalizaciones empíricas, contra los cuales bregó diez años en la cátedra, reconociendo con Herbert Spencer la necesidad de reducir á cuerpo de doctrina los preceptos esparcidos en las retóricas: entrego al público estas observaciones ya largas, abandonando á espíritus doctos la tarea de la clasificación y de la crítica, con determinación del sitio que á mi poeta corresponde en la literatura nacional, donde, durante largos años, tuvo influencia tan considerable.

El lenguaje de Gutiérrez suele ser deficiente en ocasiones. — Indudablemente, el lenguaje es un obstáculo para el pensamiento, siendo al propio tiempo su instrumento indispensable. — Si estas palabras aparecen como paradoja, digo que son de un maestro, que ha sentado la verdad de que « considerado el lenguaje como combinación de signos para transmitir el pensamiento, podemos decir que en él, cual una combinación mecánica, cuanto más sencillas y bien ligadas sean las partes, mayor será el resultado ». El vocabulario de Gutiérrez no suele ser muy abundante; repite palabras y repite imágenes, no sólo en una misma composición, lo que podría pasar como procedimiento ó manera, sino en diferentes poesías, y esto fué en él defecto imperdonable — desliz evidente, que pudo borrar en un cuarto de hora de recogimiento sobre sus obras. Pero, en general, el lenguaje encierra con soltura su melancólica inspi-

ración. — Haced un volumen selecto de sus poesías y tendréis el realce de un poeta eminente, — original en la entonación y en la forma.—Acaso Guido, no sin peros en cuanto á la perfección de la forma externa que se le atribuye en la adoración de su ancianidad, haya sabido encontrar mayores exquisiteces de dicción; seguramente Andrade, gran descuidado, tiene una imaginación plástica de que carece Gutiérrez: el dominio evocador de los razas muertas y de los grandes lineamientos físicos, el dón imaginativo que se impone con la soberanía pintoresca de sus obras; seguramente, Rafael Obligado, cuyo estilo castigado es modelo de corrección — ¡ y ojalá fuese un poco más incisivo y crudo! — ha sabido, como ningún otro, recoger el detalle, la línea recta y grave, el colorido y la poesía de la Pampa. — Pero hay algo en que ninguno de ellos ha podido rivalizar con Gutiérrez: la dulce unción del canto quejumbroso; el vago pensamiento y la profunda congoja, de todo lo cual se suele desprender una nota musical pura y sin mácula. Como las voces que vienen á nuestra alma en los crepúsculos serenos, esas notas detienen, por un momento, el curso de nuestras ideas, en el gran éxtasis de las cosas hermosas:

Soledad, soledad! sobre tu mundo
Cruza veloz la brisa pasajera,
Leve como el aliento extremecido
Que arranca el estertor al moribundo.
    Parece que dijera
« Silencio! » á la creación con su gemido.
Entonces, en la bóveda azulada
Abre como las flores el lucero,
Y allá, sobre su límpida morada,
    En el cénit del orbe,
    Vaga armonía suena
    Que el espíritu absorbe
Y con sublime adoración le llena!

Nada más remoto del concepto impecable del arte lírico parnasiano, donde el sonetista famoso quiso, por medio de combinaciones

de la vocal *i*, según explica Lemaître, dar la impresión del trabajo del cincel con que Benvenuto inmortalizaba su genio; —nada tan distante de ese concepto del arte, como la sentida y melodiosa poesía de Gutiérrez, — condensada en la *Carta á Lucía:* algo que se siente muy hondo; algo que no sé explicar; algo que quizás sea tan sólo la verdad en el sentimiento y la sinceridad en la expresión. Creo que tuvo escasos estudios de los llamados clásicos. En el vocabulario de sus obras sólo una vez he encontrado una palabra que sugiera imágenes de las letras antiguas: la palabra *Marte;* y no sé si esto es defecto ó cualidad del lirismo puro. Largos años ha, en mis estudios y traducciones de Carducci, me detuvo en *Las Primaveras helénicas,* un *fedriade,* que no me fué explicado satisfactoriamente ni por maestros, ni por diccionarios. Acudí á la fuente y el poeta italiano me encamina á Diodoro Sículo, á tal página, de tal edición. Ventajas de la poesía docta, que se cierra para el alma popular,—como si de ella no recibiera el arte todo su vitalidad!—Dada la manera de pensar de Gutiérrez, los problemas que le preocuparon, el giro idealista de su pensamiento y de su carácter, su anhelo de encerrarse en el mundo que cada cual lleva en sí: su forma respondió á esas necesidades. Retrovertió el artista la visión al interior del alma, cosa curiosa en hombre de ciencia tan docto y perspicaz, para ver en ella únicamente el juego de las pasiones propias, y cantar lo que en el santuario se escondía, condensado en la lágrima, símbolo supremo del dolor y la piedad.

Prescindiendo de la tendencia filosófica de algunos de sus cantos, como ser *Cristo, El Misionero, La Hermana de caridad,* que no escapan á la regla general,—sus poesías todo revelan menos á un alegre, á uno de esos seres que reciben los contratiempos de la vida con ácidas bufonadas. Fué un triste. Alguna tarde bebió en el miserio vespertino y en medio de una esperanza transitoria, la majestad que levanta al cielo, llenándosele de adoración el espíritu absorto; pero ese mismo canto es un paréntesis, y en sus líneas armoniosas y de celeste serenidad de un momento, hallamos el dejo de la sempi-

terna nostalgia de esa dicha que sólo conoció el niño en el arrullo de la madre cariñosa. Contra este mágico cantor que supo de armonías y dolores, se adujo que había dado formas reflejas á las tendencias de un romanticismo trasnochado, — todo porque á menudo lloró y dijo que había llorado. *Sunt lacrimæ rerum.* La inspiración es en unos sonriente, como en La Fontaine; en otros crispada, como en Juvenal; en otros severa, como en Vigny; en otros tierna, como en Lamartine, etc. Pidamos al poeta que sea únicamente lo que es, y ¿con qué derecho hemos de discutir á Gutiérrez su idiosincrasia y su temperamento?—Si la lágrima se convierte en lugar común; si no pasa de un recurso de retórica, es fastidiosa é indigna; pero cuando, en un espíritu alto, se reconcentran todos los sufrimientos humanos y de esos sufrimientos resulta una honda simpatía; cuando codiciando recuperar el bien perdido ó alcanzar el imposible bien soñado, y muerta la esperanza, no sube al labio la blasfemia; cuando todo ello arranca una lágrima al hombre viril; bendito sea el llanto que es consuelo, y bendito el poeta que, con él triunfa y hace llorar! Algunos discípulos suyos, es cierto, soltaron el llanto á voluntad, á ríos, con el desenfado de quien se desprende generosamente de lo que no tiene! ¡Pero, no confundais! Poeta de los muertos y del amor, alma que marchó con perpetua aspiración á la luz, nadie que se asome á su libro podrá decir: « Llamé á la puerta de tu hogar en vano». Sus defectos han sido defectos de lo más externo de la obra de arte, repeticiones, caídas de forma, que son la negación misma de todo rebuscamiento. — Sin embargo, distó mucho de ser un artista completo. No es un elogio recordar, hablando de él, que el artista mayor es aquel que con honda raíz en la naturaleza humana, se muestra capaz de todos los estilos; nos hace ver en cada jornada nuevos misterios de almas y mundos, y nos deja en seguida, como el Mantuano al Gibelino, sin otro pesar que el encuentro con nosotros solos en las encrucijadas de la existencia.

. . . .

He procurado ser imparcial é ignoro si lo habré conseguido. —

Amé mucho á ese hombre « de una fineza de alma excepcional ». — Sin pompas oficiales llegó al cementerio, el médico que, en la campaña del Paraguay, ganó todas las medallas y condecoraciones constituídas por los tres gobiernos aliados, quizá porque había desdeñado un puesto de académico de letras! — Ni una sola voz elocuente y representativa sonó junto al sepulcro del poeta. — Pero, desmintiendo la crencia de que la provisión de aplausos fuese escasa para los vivos, la reacción no tardó en producirse, y pronto se alzará, sencillo como Gutiérrez lo había deseado, el monumento conmemorativo, allí donde tenemos nuestros muertos; donde el tributo del contemporáneo, que lo acompañará con flores de amistad y cariño, nunca usurpa derechos de la posteridad. — Aun cuando nuestros juicios llegaran á ser rectificados, los que pasen por delante del monumento recibirán siempre lecciones de esa tumba. En ella brillarían sin menoscabo las palabras del Latino : *Multorum calamitate vir morietur bonus* : la muerte del hombre de bien es una calamidad pública!

